

## 20° Capítulo del Abad General para el CFM – 17.09.2012

“El noveno grado de humildad es que el monje domine su lengua y, manteniéndose en la taciturnidad, espere a que se le pregunte algo para hablar, ya que la Escritura nos enseña que «en el mucho hablar no faltará pecado» (Prov 10,19) y que «el deslenguado no prospera en la tierra» (Sal 139,12).

El décimo grado de humildad es que el monje no se ría fácilmente y en seguida, porque está escrito: «El necio se ríe estrepitosamente» (Sir 21,23).

El undécimo grado de humildad es que el monje hable reposadamente y con seriedad, humildad y gravedad, en pocas palabras y juiciosamente, sin levantar la voz, tal como está escrito: «Al sensato se le conoce por su parquedad de palabras» (RB 7,56-61).

Estos tres grados describen las actitudes exteriores en las que san Benito ve la manera con la que la humildad del corazón y de la conciencia han de transformarse en expresión de la persona. Expresiones de la persona en cuanto capaz de relacionarse con los demás. En estos tres grados de humildad se muestra una manera diferente de entrar en relación con los demás. Esta es la dimensión que debe ayudarnos a entenderlos y también a apreciarlos, porque normalmente los escuchamos con una sonrisa, como cuando se escucha el razonamiento de un niño, o de un viejecito que cuenta sus hazañas de antaño. Pero si entendemos que en estos grados de humildad se da una conversión de nuestras relaciones, de nuestro estar con los demás, entendemos que son importantes, también para manifestarlos a los demás, como decía hace algunos días, el sentimiento nuevo y evangélico de la vida y de las personas que la humildad debería hacer madurar en nosotros.

En efecto, la cuestión de estos tres grados de humildad no es tanto el que no se deba hablar ni reír. La cuestión es que maduremos en la conciencia de nosotros mismos un modo de estar con los demás que sea humilde, y humilde significa aquí una actitud en la que en las relaciones no nos imponemos, no nos ponemos en el centro de atención. La Santísima Trinidad nos enseña que el corazón y la sustancia de una relación de verdadero amor es el Amor mismo, el Espíritu Santo, y que este corazón, esta sustancia, hacen tanto más fuerte y gratuita la relación cuanto más silenciosos, humildes, pacíficos, sean.

Estos tres grados de humildad reflejan, en el fondo, la cualidad del Espíritu Santo que el Espíritu mismo quiere imprimir en nosotros y que san Pablo describe en la carta a los Gálatas. Estas cualidades son todas cualidades relacionales: “El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, magnanimidad, benevolencia, bondad, fidelidad, dulzura, dominio de sí” (Ga 5,22).

Si comprendemos que estos tres grados de humildad hablan de esto, nos damos cuenta de que no son en absoluto señales externas de humildad, que no solo son “buenas maneras” para no molestar a los demás o para no aparecer como superficiales y groseros. En realidad son los grados en los que una humildad profunda, más profunda que nuestro corazón, porque es la humildad de Dios, la humildad del Espíritu Santo, se irradia a través de nuestras pobres personas. Es

una gracia, una gracia que pocos se acuerdan de pedir, pero que si la pidiésemos todos, cambiaría el mundo, porque cambiarían todas las relaciones y, por lo tanto, toda la humanidad.

Una gracia que en el fondo tiene un solo precio: el silencio. No tanto el silencio en sentido absoluto, como ausencia de ruidos y sonidos, sino el silencio relacional. San Benito utiliza el hermoso término de "*taciturnitas*", es decir, si queremos, la renuncia al propio turno de palabra, que implica la disponibilidad a estar atentos más a lo que dice el otro que a lo que decimos nosotros, la preferencia de la escucha a la palabra. La *taciturnitas*, como explica aquí san Benito (7,56), es el esperar a ser preguntados para hablar, es decir, esperar que mi palabra, en lugar de imponerse, sea solicitada, deseada por el otro. Es el silencio que no impone, que no impone la carcajada, es decir, lo que despierta mi alegría, pero que no es necesariamente causa de alegría para el otro. Es el silencio que no impone la cantidad de palabras, la propia elocuencia (*multiloquium*). El silencio que permite a las palabras el ser razonables, "*rationabilia*" (7,60), es decir, que nos deja el tiempo de pensar lo que decimos antes de decirlo.

El silencio de la taciturnidad no es por el silencio en sí, sino que está al servicio de una palabra humilde y genuina, atenta a los demás y verdaderamente orientada a la comunión. Como lo vemos en los frutos del Espíritu, no es un silencio que zanja las relaciones, sino que las hace verdaderas, verdaderamente relaciones, un verdadero estar cara a cara.

Si meditamos en nuestra experiencia, tenemos que admitir que las personas que más nos llaman la atención no son las que hablan mucho, sino las que saben escuchar. No son las que se hacen notar, sino las que se dan cuenta de nosotros y nos prestan su atención. Y con esta actitud nos ayudan a desear esta cualidad de la atención al otro también en nosotros, a pesar de nuestra tendencia inmadura a imponernos siempre y a llamar la atención sobre nosotros.

La belleza cristiana, en lugar de una belleza superficial y vacía que atrae la atención, es una belleza que mira, la belleza de una mirada.

La alegría cristiana, más que en la risa, está en la sonrisa. Uno puede reírse sólo, o simplemente para sí. La sonrisa es siempre para los demás, siempre es un regalo.

La verdad cristiana, más que en los discursos está en la escucha, y en las palabras que crean en nosotros el deseo de callar para escuchar la palabra o el silencio del otro.

En estos grados de humildad se alude a una gran profundidad de la relación y el amor, ya que describen un intercambio entre las personas en el que lo que nos entregamos los unos a los otros no es algo, sino la misma relación. La humildad es la profundidad de la relación en la que básicamente lo que nos entregamos los unos a los otros es el amor y la oración. Es, por lo tanto, la calidad de la relación que más se acerca a la Relación trinitaria, o mejor dicho, que permite a la Relación trinitaria acercarse a nuestras relaciones y animarlas con la "brisa suave" (1 Re 19,12) del sople del Espíritu Santo.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist*